

—Dé cualquier modo que ello sea, decía Matilde, lo que yo saco por consecuencia de tus conversaciones es que tú unas veces te manifiestas enemigo de las mujeres, y otras te declaras su defensor, echando á los hombres la culpa de sus vicios. Yo no te entiendo.

—Eso es porque no quieres entenderme, reponía el coronel; yo jamás he sido enemigo de las mujeres. Cuando critico sus defectos, no es con el perverso objeto de satirizarlas, sino con el loable fin de que las corrijan, á lo menos tú que me entiendes; y esto tan lejos está de probar que las aborrezco, cuanto manifiesta mi decidido amor hacia ellas, y este amor tampoco traspasa los límites de lo justo y honesto. Esto es, no defendiendo á las mujeres por ser mujeres, ni las lisonjeo con exonerarlas de toda la culpa que las echan los hombres, sino que en todo cumplo con lo que me dicta la razón.

¿Acaso crees tú que las mujeres fueran como son si los hombres fueran como debían ser? De ninguna manera. Pero ¿cómo quieres que una niña sea humilde, honesta y moderada, si su madre, por culpa de su marido, es altanera con los criados, altiva con las visitas, descuidada en la casa, profana en la calle y necia en todas partes? ¿Cómo quieres que la dicha niña, mal criada con estos ejemplos, se sujete y se modere cuando se case, si le toca por marido un hombre disipado é indolente?

Es regular que al lado de éste se ponga de peor condición.

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran; pero para mejor persuadirte, es menester no salir de casa. ¿Qué clase de mujer casada hará Pomposita con la educación que le da su madre por culpa de don Dionisio? Sin duda que será esta mujer una orgullosa, necia y abandonada en la educación de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho más si por desgracia se une con un hombre desidioso, condescendiente y abandonado.

Esto parece que no tiene duda, porque todos saben cuánto influye el ejemplo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razón bien ordenada se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educación y se puede tener por un milagro. Lo común es hacer como se ve, y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir que yo, cuando reprendo los más groseros vicios ó preocupaciones de las mujeres, no es con el depravado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir, sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por lisonjearlas, pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todos y en todas ocasiones.

Por último, debes advertir que es verdad lo que te digo, de que los hombres son los que casi siempre tienen la mayor parte de los defectos de las mujeres. En otra ocasión te demostraré este axioma con más solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.



CAPÍTULO IV

En el que se trata una materia entretenida

No es muy común lograr por esposas mujeres dóciles ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no